

LOS *MIRABILIA* MEDIEVALES Y LOS CON- QUISTADORES Y EXPLORADORES DE AMÉRICA

Jesús PANIAGUA PÉREZ
Universidad de León

RESUMEN: El mundo medieval, como no podía ser de otra forma, se proyectó junto a las tendencias humanistas en los territorios americanos. Las crónicas y otros escritos reflejaron la vieja tradición europea tanto en su forma como en el contenido. Monstruos, sirenas, milenarismos y otros fenómenos, incluso de carácter bíblico, lograron pervivir en la mentalidad de los españoles que pasaron al Nuevo Mundo.

PALABRAS CLAVE: América. Tradición. Historia. Literatura. Edad Media.

ABSTRACT: The medieval world, as well as its humanistic tendencies, was projected on the American territories. Chronicles and other writings reflected the old European tradition, both in form and in contents. Monsters, mermaids, millenarianisms, and other phenomena, including those of Biblical character, managed to persist in the minds of the Spaniards who traveled to the New World.

KEYWORDS: America. Tradition. History. Literature. Middle Ages.

América aparece en el horizonte del hombre europeo en 1492, fecha en la que la sociedad "occidental" está sufriendo un profundo cambio y dando paso a lo que hemos dado en denominar como la Edad Moderna; es más, el hallazgo del Nuevo Continente se ha convertido en uno de los fenómenos que marcan el paso entre la Edad Media y los nuevos tiempos. Por tanto, el hombre europeo que se encuentra con América, de forma directa o indirecta, ante la novedad, debe recomponer sus esquemas mentales y lo hará bebiendo de la modernidad de la época, pero también arrastrando una herencia medieval que no desaparece, ni mucho menos, de la noche a la mañana.

Las fechas coinciden también con la toma de Granada y el fin de un proceso histórico, como había sido el de la recuperación territorial de la Península por los cristianos, que podría haber dado lugar al fin de un proceso con las consecuentes desestructuraciones internas, pero que no fue así, porque el proceso logró su continuidad en América con hombres que pudieron demostrar unas cualidades que difícilmente hubiesen sido reconocidas en su reino de origen. Esos hombres representaron aspectos muy diferentes entre sí, como el misticismo de Colón, la

imaginación de Magallanes, el sentido práctico de Balboa, etc. y sus actividades serían descritas por ellos mismos o por otros cronistas que, frente a la modernidad que representaba Maquiavelo, prefirieron destacar su moralidad o la ausencia de ésta, manteniendo una vinculación con el hombre del medioevo. Pero tampoco podemos decir que ni los hombres ni quienes narran sus actividades sean gentes puramente medievales, pues la propia dinámica de los tiempos les obligó a mantener una postura ecléctica. Tienen aspiraciones a formar parte de la nobleza peninsular y en ellos se exaltan determinados valores abstractos, al mismo tiempo que se aprecia el pragmatismo que supone el ansia de riqueza y de poder. Es decir, son hombres en los que se manifiesta la pugna entre lo medieval y lo renacentista y un buen ejemplo de ello sería lo que Castellanos nos dice del conquistador de Nueva Granada, Jiménez de Quesada “*pues no teniendo menos de letrado/que supremo valor en el espada*¹”. El mismo poeta, que es un hombre del Renacimiento, nos pone de manifiesto del mencionado conquistador su gusto conservador: “*Y él porfió conmigo muchas veces//ser los metros antiguos castellanos//los propios y adaptados a su lengua// por ser hijos nacidos de su vientre// y éstos, advenedizos adoptivos// de diferente madre, y extranjeros*²”.

Si las corrientes humanistas tuvieron una gran importancia, para relatar las cuestiones americanas, la literatura ejemplar de la Edad Media, como el *Poema de Fernán González*, el *Libro de Apolonio* o el *Laberinto de la Fortuna* de Juan de Mena, fue uno de los mejores vehículos, incluso utilizando el verso para exaltarnos algunos hechos, como se hizo en el poema anónimo de 1537 sobre la Conquista del Perú³, en el que se da predominio a la aventura de raigambre medieval; aunque no faltaron toques tan profundamente realistas como los del mencionado Castellanos cuando nos dice:

*¡Tierra de oro, tierra bastecida;
Tierra para hacer perpetua casa;
Tierra con abundancia de comida;
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa*

*Tierra de bendición clara y serena;
Tierra que pone fin a nuestra pena.
¡Tierra buena! ¡Tierra buena!
Tierra que pone fin a nuestra pena.*

¹ CASTELLANOS, J. de, *Elegías de Varones Ilustres de las Indias*, E. 1, canto 1.

² CASTELLANOS, J. de, *Elegías de Varones Ilustres de las Indias*, p. 4, canto XII.

³ (1992) *La conquista del Perú (Poema heroico de 1537)*. Cáceres: Institución El Brocense, 1992 (ed. de Miguel Nieto Nuño)

*Sino de quien diréis a boca llena:
Tierra que pone fin a nuestra pena*⁴.

De todos modos, no hay que olvidar que el realismo había caracterizado a la épica castellana, que de alguna manera buscó una cierta fidelidad con la Historia, de lo que era un buen ejemplo el *Cantar de Mio Cid*.

CRÓNICAS, LIBROS DE VIAJES, ROMANCES Y LIBROS DE CABALLERÍA

Vamos a fundamentar nuestro trabajo, sobre todo, aunque no exclusivamente, en las crónicas americanas, donde se refleja toda una mentalidad de y sobre los hombres que participaron en las tareas de conquista. Tales crónicas, en buena medida, y desde luego no todas, presentan una clara herencia medieval, pues su exposición de los hechos suele hacerse de manera temporal-lineal, con frecuencia aludiendo a la cronología en fechas concretas, en días de viaje, incluso a veces, en calendarios.

La lengua que se utilizó con más frecuencia no fue la culta, sino la romance, lo cual permitió un gran enriquecimiento del español, pues se abrió a muchas novedades que consciente o inconscientemente se fueron incorporando, ya que no solía existir un gran interés por el purismo que implicaba con frecuencia el uso de las lenguas clásicas; es más, éstas demostraron en muchas ocasiones su incapacidad para reflejar una nueva realidad. Ahora bien, tampoco podemos caer en el error de pensar que la utilización de una lengua implicaba necesariamente un trasfondo ideológico. La propia realidad ha desmentido siempre esto, pues uno de los cronistas con un humanismo más arraigado, como fue Gonzalo Fernández de Oviedo, escribió su obra indiana en español, al decir de Hernando Colón, porque no dominaba el latín⁵; pero también en Italia, Maquiavelo había utilizado la lengua vernácula, sin por ello romper ni uno ni otro con los modelos de los historiadores grecorromanos.

La temática medieval española no fue muy abundante y se mencionan casi como únicos ejemplos *El Bernardo*, de Bernardo Balbuena, que vuelve a revivir los hechos de Bernardo del Carpio; *El Vasauro* de Pedro de Oña, que trata sobre la toma de Granada y es un canto a la familia de los Cabrera; y el *Poema del Asalto y conquista de Antequera*, de Rodrigo de Carvajal.

⁴ CASTELLANOS, J. de, *Elegías de Varones Ilustres de las Indias*, E. IV, canto IV.

⁵ COLÓN, H. *Historia del Almirante*, c. X.

Las crónicas y libros de viajes siguieron un plan trazado muy propio del medioevo, como ya ha estudiado para alguna de ellas la Dra. Carmen González Vázquez, a cuyo trabajo nos atenemos⁶:

1. Se sigue un mapa aunque este no aparezca en la obra para tratar de dar veracidad. Es una *peregrinatio*, de acuerdo con las descripciones medievales de viajes y que podía tener su raigambre en el mundo musulmán.
2. En ese viaje se recogen impresiones de un mundo vedado a la mayoría de los mortales, pero que certifican una verdad, como lo hizo Marco Polo en el libro de las Maravillas (1284). Son, por tanto, viajes reales que muestran todo tipo de testimonios a los hombres, aunque también los hay ficticios, como el *Itinerario* de Geraldini, que respondería más al modelo del *Libro del conocimiento de todos los reinos y señoríos que son por el mundo* (1390) o al *Libro de las Maravillas* de Mandeville (1357)
3. Predomina lo cronológico y suele haber medidas de tiempo.
4. Como los libros de viaje medievales las crónicas se encuentran entre el dinamismo del relato y el estatismo de la descripción. Es decir la técnica narrativa no se altera para cada lugar, aunque se incluyan reflexiones

La crónica indiana, por regla general, nos la transmiten gentes que han vivido los acontecimientos y que con frecuencia tienen muy claros los objetivos de su relato. Casi todos ponen de manifiesto su deseo de servir a Dios, al rey y a los más débiles. Es decir, en su mente esta funcionando la idea del caballero medieval. Dios, desde luego, aunque a veces sólo de forma teórica, era la idea predominante, pues siguiendo la tradición medieval la historia del hombre sólo podía explicarse en función del discurso de la salvación, con o sin intenciones milenaristas. A la postre, la ocupación de aquellas nuevas tierras y las aventuras y desventuras marcaban el camino hacia la Jerusalén Celeste. Es más, la Nueva Jerusalén llegó a establecerse en la propia América, como lo hizo Francisco de la Cruz respecto de Lima, personaje quemado en la hoguera en 1578, pero cuyas ideas no murieron, puesto que todavía a finales del siglo XVIII el jesuita Manuel de Lacunza y Díaz andaba en esos avatares⁷.

⁶ GONZÁLEZ VÁZQUEZ, C. "Stories at the Royal Court or the Mirabilia in Alessandro Geraldini's Humanistic Conception of History". *Humanistische Geschichten am Hof, Nation und Land als Transformationen der Antike*, Berlín (en prensa).

⁷ LACUNZA Y DÍAZ, M. de (1812). *La venida del Mesías en Gloria y Majestad*, ¿Valencia?, Tournachon, 1812. Sobre el autor y su obra puede verse ZABALLA, A. de (2002). "La Venida del Mesías de Manuel Lacunza. Primeras ediciones críticas". *Anuario de Historia de la Iglesia* 11.

El servicio al rey, con el que identificaba la nación, era evidente y tampoco podía desligarse del fenómeno religioso, pues a la postre España era el espacio elegido por Dios para la salvación del mundo. Por ello en las Indias se habló de la nueva sede del Imperio Cristiano, que desde la época de Carlomagno había ido pululando por diferentes lugares, en lo que al Occidente europeo se refiere. A la exaltación de lo hispánico también se contribuyó fuera de nuestras fronteras, pues ya Pomponio Leto, en su *De Conjuratio Catilinae* llegó a decir que los primeros habitantes de Roma habían sido los españoles; o Paolo Pompilio, que se deshizo en alabanzas al pueblo español en su *Vita Senecae*, editada en Roma en 1490. El descubrimiento a través de las crónicas serviría para poner de manifiesto que los españoles sobrepasaron las hazañas que se hicieron en la antigüedad; buen ejemplo de ello es Francisco de Xerez, que se negaba a comparar a los españoles con los romanos, porque aquellos movían grandes ejércitos “mas nuestros españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron juntos sino 200 ó 300 y alguna veces ciento y aún menos⁸”. Valadés estaría en la misma línea cuando decía “no quiero aminorar el valor de los romanos... Sin embargo, hay que exaltar con mayores alabanzas y con nuevas y esclarecidas palabras el inaudito valor de Hernán Cortés y de los religiosos que llegaron a estos nuevos mundos⁹. Algo parecido haría Ercilla en su *Araucana*, en que no dudo en exaltar a los indios chilenos y su valor como medio de enaltecer la valentía y la intrepidez de los españoles¹⁰. En el fondo se estaba recordando a los personajes de los romances medievales. El proyecto mismo de Colón era medieval: la vieja aspiración de llegar a Asia, asimilando la geografía clásica mantenida en la Edad Media y los relatos de Marco Polo, por lo cual Cuba sería Cipango¹¹; o hablaría el valle del Paraíso¹², que ya se había mencionado en el *Libro de Montería* de Alfonso XI.

La crónica americana, que obviamente se vio obligada a introducir las novedades que exigían las circunstancias, enlazaba perfectamente con la tradición medieval. Por un lado, al igual que en los cantares de gesta, se exaltaría el heroísmo de los conquistadores a modo de héroes. Por otro lado, era evidente la influencia de los libros de caballería, que la aparición de la imprenta ayudaría a propagar como lectura popular, a pesar de que en los siglos XV y XVI las obras impresas resultaban caras y no estaban al alcance de todos, especialmente en las Indias; y,

⁸ XEREZ, F. de (1985). *Verdadera Relación de la Conquista del Perú*. Madrid: Historia 16, 1985, pp. 59-60.

⁹ VALADÉS, D.: *Rhetorica Christiana*, c. XII.

¹⁰ ERCILLA, A. de: *La Araucana*, canto I, 5-8.

¹¹ COLÓN, C. (1982). *Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza, p. 175.

¹² 14 de diciembre.

aunque este género era el que resultaba más económico se calcula que un libro de éstos equivalía a tres pares de botines¹³. Lo cierto es que para la exaltación del conquistador se llegó a recurrir incluso a la forma de romance, como lo hizo Bernal Díaz del Castillo respecto de Hernán Cortés:

*En Tacuba está Cortés
Con su escuadrón esforzado
Triste estaba y muy penoso
Triste y con gran cuidado
Una mano en la mejilla
Y la otra en el costado*¹⁴.

Si bien hubo una cierta tendencia a una versificación más moderna en endecasílabos como lo hizo Juan de Castellanos en sus *Varones Ilustres de las Indias*; Alonso de Ercilla en *La Araucana*; Pedro de Oña en *El Arauco domado*, etc.

En la baja Edad Media, sobre todo desde el siglo XIV, apareció el historiador aficionado, que frente a la historia cortesana, dedicada a reyes y nobles, contaba historias de los tiempos que le tocaba vivir. Esto se dio especialmente entre los soldados, que con frecuencia nos relataron su autobiografía, y en los libros de viajes; por tanto, en ellos el *yo* y el *nosotros* suele ser el sujeto de la historia que se narra y supuso un campo abonado ya para los relatos que se nos ofrecen del Nuevo Continente.

El tema de la guerra era fundamental, si tenemos en cuenta que en los conquistadores hubo un espíritu que enlazaba con las Cruzadas, pues no se puede olvidar que se acababa de finalizar de la Guerra de Granada, concebida como tal cruzada. Con ese espíritu se producía una simbiosis entre la mentalidad del caballero y una religión militante; por tanto, en la actividad americana hay que ver una proyección de la reconquista, incluso, como mencionaremos más adelante, el relanzamiento de la figura de Santiago. Ahora bien, con una adaptación de planteamientos, pues si la guerra contra los sarracenos estaba justificada en la Europa medieval, no por ello se podía justificar en el Nuevo Continente, donde las máximas agustinianas de la guerra justa -ser declarada por una autoridad legítima para recuperar bienes usurpados o para defenderse- no podían ser del todo válidas, por lo que hubo que añadir la condición de la extensión de la fe.

¹³ HAMPE MARTÍNEZ, T. (1996). *Bibliotecas privadas en el mundo colonial*. Madrid: Iberoamericana, 1996, p. 30.

¹⁴ DÍAZ DEL CASTILLO, B. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, c. CXLV.

Los escritos etnográficos habían tenido una gran trascendencia en Europa desde el siglo XII y siempre habían resultado atractivos para el público europeo, por ello no resulta extraño que fuesen algunos de los que más se utilizaron. Las descripciones de lugares, costumbres y demás aspectos de los diferentes pueblos de las Indias lo practicaron un buen número de cronistas, mezclado o no con aspectos biográficos, militares, etc. Pero, sin duda, una de las obras más llamativas en este sentido es la realizada por el leonés Bernardino de Sahagún. En ocasiones las descripciones etnográficas se hacían para poner de manifiesto la inferioridad del indio, otras para acusar de las injusticias que con ellos se hacían, etc.. Lo cierto es que lo que resultaba exótico a los europeos solía ser un gran aliciente, por lo que se ha llegado a aseverar que la etnografía americana se distinguía muy poco de la elaborada por los autores medievales¹⁵. Pero no olvidemos que muchos clásicos se habían mantenido vigentes en el medioevo y quizá uno de los más representativos fue Plinio el Viejo, modelo las descripciones de las nuevas tierras que portugueses y españoles iban a ir encontrando. La obra de ese autor estaba llena de fantasías, como lo estaban las obras medievales y para ello basta recordar el *Libro de Alexandre* y el *Libro de Apolonio*.

La actividad americana fue una forma de revivir la pasión medieval que suponía la literatura caballerescas¹⁶. Los relatos imposibles en tierras encantadas, donde la fuerza de la virtud y la pasión tenían carácter sobrenatural, eran ahora posibles. Hubo quien pasó de la gesta de las novelas a la gesta americana, como Gonzalo Fernández de Oviedo, que había escrito una obra de caballería¹⁷, aunque después no se sintiese satisfecho de ella y criticase ese tipo de libros¹⁸. Esa literatura de ficción, como la más popular, se vio como un peligro y su prohibición en América, en 1543, llegó a recogerse en las Leyes de Indias¹⁹; aunque de hecho, ya la pragmática de 1502 imponía para "*los libros de molde*" una calidad material y el tener en cuenta lo provechoso de su contenido²⁰, en la línea de lo que había dictaminado Inocencio VIII en su bula *Inter multiplices*, de 1484. Entre los libros

¹⁵ FERNÁNDEZ ARMESTO, F. (1982): "Medieval Ethnography". *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, 13, pp. 275-286.

¹⁶ LEONARD, I.A. (1959): *Los libros del conquistador*. México: Fondo de Cuytura Económica, pp. 29-30.

¹⁷ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1956): *Libro del muy esforzado e invencible cavallero de la fortuna propiamente llamado Don Claribate.*, Madrid: Real Academia Española.

¹⁸ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G.: *Historia natural y general de las indias*, c. XVIII.

¹⁹ *Leyes de Indias*, L. I, Título XXIV, ley IV.

²⁰ PÉREZ GARCÍA, R.M. (2006). *La imprenta y la literatura espiritual castellana en la España del Renacimiento*, Gijón: Trea, pp. 123-128.

prohibidos en América se llegó a mencionar el *Amadis* y similares. Pero como suele pasar con toda prohibición, el libro de caballería llegó en grandes cantidades a las Indias. A la postre se adecuaba como ninguno al medio: países exóticos en los que desarrollar los ideales caballerescos e, incluso, pudieron servir como aliciente para denominar algún territorio. Tal es el caso de California, sacada de las *Sergas de Esplandian*, obra de Garcí Ordóñez de Montalvo, de 1510. Esplandián era el hijo de Amadis de Gaula que viajó hacia las Indias Orientales influenciado por Marco Polo, más allá de las cuales estaba la isla de la reina Califia con sus Amazonas montadas en grifos y adornadas con perlas y oro.

En las hazañas de los conquistadores, relatadas con más o menos tinte caballeresco, se hecha en falta un elemento: el femenino, como uno de los móviles esenciales en la trama. Aquí no vamos a encontrar la Ginebra de Lancelot, la Isolda de Tristán; la Blancaflor de Perceval, ni siquiera la Dulcinea del Quijote. El propio Ercilla nos dice:

*No a las damas, amor, no gentileza
De caballeros canto enamorados;
Ni las muestras regalos ni ternezas
De amorosos afectos y cuidados*²¹.

El fin de las historias caballerescas solía rematarse en el matrimonio o en el preámbulo de éste, salvo en contadas ocasiones en que la misoginia se ponía de manifiesto. Casarse, por amor o sin amor, no siempre era lo más recomendable, como ya nos lo puso de manifiesto Diego Valadés, que parece seguir el ejemplo de Fernando Basurto, autor de una obra publicada en 1530, *Don Florindo* –conocido en la novela como *el Caballero Extraño*–. Se trataba de un caballero que se casó sin enamorarse, siguiendo la tradición de la imagen negativa de la mujer de los cuentos orientales, que penetraron en la España cristiana por Al Andalus, algunos de los cuales fueron recogidos por el judío Pedro Alfonso en su *Disciplina clericalis*²². Recordemos unas palabras de don Florindo respecto de esto: *Del cantar, dançar y tañer procedían los amores, y de los amores las discordias, y de las discordias la muerte, y de la muerte el perdimiento del alma, que no le sería cosa de mucho provecho dexar el vicio militar por tomar aquel que le era mandado*²³.

²¹ ERCILLA, A. de. *La Araucana*, Canto I, 1-4.

²² Este aspecto ha sido tratado por CHAPARRO GÓMEZ, C. (2004). “Retórica y libros de caballerías. La presencia de *exempla* en la *Rhetorica christiana* de Diego Valadés”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 24, pp. 257-292.

²³ *Ibidem*, p. 278.

ALGUNAS FANTASIAS MEDIEVALES

Los *mirabilia* medievales, en sí mismos, no son una creación exclusiva de la Edad Media, sino simplemente, en muchos casos, una recreación de la antigüedad clásica en un mundo necesitado de fantasías para sobrevivir y continuamente amenazado por epidemias, guerras, invasiones, ortodoxia, inmovilidad social... El hombre medieval necesitaba de válvulas de escape que le prestaba la vieja tradición grecorromana –sin olvidar la judía, a través del cristianismo, ni la musulmana-, transformada en la medida de las posibilidades y de las necesidades del momento. Y cuando Europa comenzaba a cambiar, para mantener la vieja tradición –sin olvidar la nueva-, apareció América en el horizonte. El paso intermedio había sido África, pero las exploraciones portuguesas fueron mostrando una realidad que desterraba en parte las fantasías. La nueva frontera para esas creencias e ilusiones iba a ser el Nuevo Continente; incluso, a veces, el móvil necesario para avanzar en las penetraciones del territorio. Las ensoñaciones medievales, leídas o por vía oral, habían hecho mella en algunos conquistadores, hasta el punto que la terca realidad no lograba vencer aquellas tradiciones, simplemente las desplazaba. Es cierto que también hubo mentes sesudas que no daban crédito a aquellas fantasías, pero se aprovechaban de una población que era proclive a ellas para defender unos intereses políticos y/o personales que beneficiaban la expansión; buen ejemplo de ello será la segunda expedición de Álvaro de Mendaña en busca de las islas Salomón. De hecho, los lugares fantásticos siempre estaban alejados y presentaban grandes dificultades para su penetración, lo que daba lugar a largos trayectos a través de la fisonomía de un paisaje que se antojaba extraordinario y que presentaba los suficientes problemas como para poner el destino en un cierto grado de incertidumbre, al que se llegaba pasando por toda una serie de peripecias y aventuras que recuerdan las novelas de caballería y los cantares de gesta.

La Geografía fue una de las primeras fantasías que apreciamos en el Nuevo Mundo. Ya desde la antigüedad y sobre todo en la Edad Media se habló de lugares prodigiosos y maravillosos en Oriente, que fueron trasladados luego hacia Occidente, que se convertiría en la época de Colón en un mero espejismo oriental, lo que se pondría de manifiesto en la búsqueda del paso. El propio Hernán Cortés, que había logrado subyugar a un gran imperio, mantuvo sus aspiraciones orientales.

La existencia de tierras lejanas al otro lado del Atlántico no era nueva y estaba en el imaginario del hombre medieval. Eran sobre todo islas que habían generado una literatura en su entorno como San Barandán, Antilia, Cipango, etc. De acuerdo con la toponimia actual una de las más interesantes fue la isla Antilla, presente en la mente de Colón y que en ocasiones se ha identificado con La Española, aunque

no siempre, en la que habitaban personas que hablaban español, descendientes de quienes habían huido ante la invasión sarracena; supuestamente estaba gobernada por un arzobispo y seis obispos, por lo cual se la conoció también como la *Isla de las Siete Ciudades*. Este mito no tenía un origen clásico, sino que nació en la España medieval según algunos ante la invasión árabe o, según otros, cuando ante la toma musulmana de Mérida, en 1115, varios obispos huyeron y fundaron Cibola y Quivira, aunque con el devenir de los tiempos pasaría a hablarse de “*siete ciudades de oro*”. Mito que permanecería y que daría lugar a toda una literatura que las ubicaría en el Sur de los actuales Estados Unidos, donde fueron buscadas en varias expediciones, de lo que ha dejado una buena memoria fray Marcos de Niza²⁴. El mito siguió arrastrándose con Álvaro Núñez y quedaba reflejado en el mapa de Münster de 1540. Pero las ciudades maravillosas que creó la mente del conquistador y del explorador no necesariamente fueron siempre ficticias, pues la propia realidad se podía ver turbada por quien las describía como algo maravilloso, tal y como hizo Diego Durán al relatarnos algunas cosas de Tenochtitlan²⁵.

Lo cierto es que la geografía maravillosa de América fue un móvil ya en los viajes colombinos y colaboró en deshacer la creencia sobre los espacios habitados en el Orbe, aunque ya había precedentes en la expansión portuguesa en África. Esa geografía también podía tener tintes bíblicos y utópicos a los que no escaparon geógrafos del siglo XVI avanzado como Ortelio y Mercator, sin olvidar al gran humanista Benito Arias Montano.

Los mitos, ya desde Colón, se iban colocando en lugares concretos de las Indias, que la realidad vivida iba desmintiendo. Los lugares, siguiendo la tradición medieval, heredada del mundo antiguo, se hallaban distantes y con un acceso difícil, por lo que casi siempre determinados espacios geográficos se interponían, fueran éstos los desiertos, las altas montañas, las selvas impenetrables, etc., sin olvidar tampoco hombres y mujeres belicosos, monstruos y bestias. Aunque también es evidente que no todos los autores aceptaban esas fantasías, pues el propio Gómara fue muy crítico con esos mitos al decirnos: “¿*Qué digo yo, pues aún no han visto las Amazonas, ni el oro, ni a Leuchen Golma, ni la isla de Salomón...?*”²⁶. De todos modos, los lugares míticos que habían permanecido

²⁴ NIZA, M. de (1964-1966). “Descubrimiento de las siete ciudades, por el padre fray Marcos de Niza”. *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados en su mayor parte, del Real Archivo de Indias, [y de otros archivos del reino]*, Vaduz: Kraus reprint.

²⁵ DURÁN, D.: *Historia de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, c. IV.

²⁶ LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1858) *Historia general de las Indias*. Madrid: M. Rivadeneyra, p. 242.

durante la Edad Media se hicieron posibles el Nuevo Mundo, como la Atlántida cuya existencia llegó a aceptar el escéptico Gómara en el capítulo CCXX de su obra, que tituló *De la isla que Platón llamó Atlantide*, y que llegó a relacionar con determinados vocablos mexicanos²⁷.

En un mundo donde la esperanza de vida era tan limitada, es lógico que uno de los mitos que había proliferado en la mente de muchos europeos fuese el de la Fuente de la Eterna Juventud, que en América se asoció con lugares en donde supuestamente los habitantes vivían muchos años. Era una vieja creencia que Alejandro Magno la había buscado y que en la Edad Media española había hecho mella a través de la influencia de la *Novelas de Alejandro*; o del *Libro de las Maravillas* de Mandeville. Juan Ponce de León creyó poderla hallar en la Florida “*donde los indios fabulosamente decían había una fuente que remozaba a los viejos, en demanda de la cual anduvo muchos días perdido sin la hallar*”²⁸. Pedro Mártir también nos la menciona y manifiesta como la defienden los habitantes de Florida, porque hace rejuvenecer. Contra el mito siempre surgía el realismo de algún autor; y en este caso fue Juan de Castellanos, que nos dice:

*La fama pues del agua se vertía
Por los destos cabildos y concejos
Y con imaginar que ya se vía
En mozos se tornaron muchos viejos
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos
Y ansi tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.*

No vamos a detenemos en el mítico lugar de El Dorado, sobre el que tanto se ha escrito y del que nos dice Freyle, que le llegó la noticia a Belalcázar estando en Quito “*que tantas vidas ha costado*”²⁹, aunque su desarrollo podemos darlo por iniciado en 1530, cuando Jiménez de Quesada entró en contacto con los muiscas.

Formando parte de la geografía estaba una naturaleza maravillosa. El hombre medieval temía a esa naturaleza, puesto que su dependencia de la misma era excesiva. Por ello no es de extrañar que fuese objeto de impresión. La situación en ese sentido cambio muy poco en aquellos tiempos de dominio español, pues

²⁷ *Ibidem*, CCXX

²⁸ VEGA, G. de la (El Inca). *La Florida del Inca*, c. II

²⁹ RODRÍGUEZ FREYLE, J. (1986). *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada*, Madrid: Historia 16, pp. 67-68.

todavía en el siglo XVIII fray Juan de Santa Gertrudis, por ejemplo, nos dice al hablar de Popayán:

A la margen de este rio hay guayabas. Y advierto que el guayabo da una flor blanca; pero cuando cae a las 24 horas ya son sus 4 hojas 4 mariposas. Yo he tenido una en la mano, que ya caminaba como mariposa, y todavía sus alas eran hojas, todavía no se habían vuelto alas. La aseguré, y en cosa de una hora se despegó la hoja, y se dividió de por medio en 4 alas y se voló ya perfecta mariposa³⁰.

Los animales americanos también entraron el mundo de lo maravilloso, aunque no iba a ser aquel Continente el lugar ideal para descubrir una fauna extraña, a pesar de que los europeos del siglo XVI llevaban en su mente demasiados animales fantásticos salidos de los bestiarios medievales y reflejados en la literatura popular y en el arte. Los hombres que pasan a América han oído contar historias increíbles, que les harán concebir y ver lo que la naturaleza les negaba, hasta el punto que de nuevo Gómara nos relata como alguna vez las rapaces se confundían con grifos³¹. En la mente, pues, no faltaron bestias terribles que ponían en peligro la vida y que representaban determinadas visiones del mal. Ni el mismo Fernández de Oviedo pudo escapar del todo a aquellas fantasías, a pesar de su racionalismo y de ofrecernos, sin duda, el que podemos considerar como el mejor bestiario de la época, que tomaba como modelo a Plinio, muy influyente también en la Edad Media, sin olvidar a san Isidoro o san Alberto. Pero la realidad se negaba a confirmar una fauna fantástica. No existían aquellos grandes animales de África, todo lo más unos parientes mucho más endebles, que en determinados momento permitió hablar, por ejemplo, de "*leones cobardes*". El animal más peligroso o al menos el más llamativo para un europeo era determinada clase de serpientes y así en *La Argentina* se habla de la *terribilísima* serpiente que le amenazó a Salazar³². Pero algunas de ellas, a pesar de su tamaño, no suponían un peligro, lo que en algunos casos también permitió a los escritores recurrir al mito, como en el caso de Cieza de León, que nos cuenta que en tiempos de Yupanqui salieron sus capitanes con mucha gente, la cual fue asesinada por las serpientes, a las que luego una vieja encantó y desde entonces son mansas³³. En torno a estos reptiles se genera toda una literatura fantástica en la que se habla de algunas que tienen pies y alas, como las

³⁰ SANTA GERTRUDIS, J. de. *Maravillas de la Naturaleza* T. I, c. 5.

³¹ LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1858) *Historia general de las Indias*. Madrid: M. Rivadeneyra, p. 311.

³² BARCO, M. del. *La Argentina*, canto 3.

³³ CIEZA LEON, P. *Crónica del Perú*, c. XCV

que nos menciona Herrera; autor que también nos manifiesta la existencia de algunas con dos cabezas³⁴, como la que menciona Sahagún³⁵.

En un paso intermedio entre el animal y el hombre había que tener en cuenta a los monstruos, que ya desde la Edad Media podían ser reales o imaginarios. No habían escapado estos seres a la teorización de los grandes intelectuales, como san Agustín cuando nos habla de Caco, el hijo de Vulcano³⁶; San Alberto Magno, que llegó a hacer una clasificación de todos los seres de acuerdo con sus características mentales y físicas. A la postre, el monstruo venía a probar que no existía una clara línea divisoria entre los animales y los hombres, porque de alguna manera representaban algunos defectos del hombre, de ahí su utilización simbólica, de la que fue tan rica el medioevo. El monstruo así era como una visión degenerada del ser humano, representando lo peor de su conducta, ya que ésta es la que define la humanidad y cuando adquiere connotaciones negativas puede degenerar en la monstruosidad: comer carne humana, sexualidad desenfadada, ira y violencia, etc., por tanto; era lo que se ha dado en llamar una “anomalía normal” en el mundo uniforme y antropocéntrico de la tradición cristiana. Por ello san Isidoro consideraba que los monstruos formaban parte del plan divino, porque anunciaban, manifestaban, mostraban y predecían algo³⁷.

En aquellas tierras lejanas se esperaba encontrar hombres monstruosos, que ya el propio Colón tuvo que reconocer que no los había encontrado; todo lo más aquellos salvajes caribes de los que destacaron su antropofagia hasta la exageración³⁸; incluso en los guaraníes se habló de ella, aunque se aclaraba que no la practicaban con los españoles: *que más les sabe la carne de un pagano/ que no la de español o castellano*³⁹.

Evidentemente en el mundo medieval nadie había visto espectaculares monstruos, pero se creía en ellos, porque era obvio que la naturaleza podía generar seres anormales, como de hecho se podían ver al asimilarlos con determinados seres humanos defectuosos. Pero el no verlos no implicaba el no creer; y quienes pasaron a las Indias con cierta frecuencia nos los mencionan, incluso en lugares tan

³⁴ HERRERA Y TORDESILLAS, A. de. D. IV, L. X, c. XII.

³⁵ SAHAGÚN, B. de. *Historia de las cosas de la Nueva España*, L. XI, c. 5.

³⁶ *La Ciudad de Dios* XIX, 12.

³⁷ *Etimologías* XI, 3-4.

³⁸ COLÓN, C. (1982). *Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza, pp. 144-145.

³⁹ BARCO, M. del. *La Argentina*, canto 3.

reducidos y conocidos en 1520 como la isla de Santo Domingo, donde su propio prelado, Alejandro Geraldini, un hombre de gran formación humanista, nos relata:

En la parte más remota de la isla en dirección al norte hay una montaña altísima y absolutamente inaccesible, donde viven hombres asilvestrados, con todo su cuerpo cubierto de largos pelos salvo en los pies, en las rodillas, en las dos manos y en el rostro entero, tal como se pintan en las estancias públicas de los nobles y de los príncipes en Italia y España: ellos evitan cualquier contacto con los hombres y, si en alguna ocasión descienden a las llanuras y ven a algún caminante, regresan a la montaña con tal velocidad que ningún caballo podría superarlos⁴⁰.

Cieza de León, uno de los cronistas con más capacidad crítica, nos menciona las noticias que de ellos tiene en los Andes. Dice que son producto de la mezcla de hombre y mono, aunque de nuevo nos manifiesta que él no los había visto⁴¹. Mas expresivo es Antonio de Solís, en su relación de la Nueva España, donde al hablar del palacio de Moctezuma nos dice que en él había “*monstruos, enanos, corcovados y otros errores de la naturaleza*”⁴²; es decir, está asimilando a seres humanos con defectos con esa anormalidad temible. En la descripción de Alvar Núñez se menciona a Mala Cosa, ser pequeño, que entraba en las casas y daba tres cuchilladas en diferentes partes del cuerpo y luego les curaba y mostraba una hendidura en la tierra donde decía tener su casa⁴³.

Especial interés entre los seres monstruosos iban a tener los gigantes. San Agustín en *La Ciudad de Dios* nos habla de Nemrod “el gigante cazador contra Dios”, el hijo de Chus y nieto de Cam, que comenzó a ser gigante en la tierra y fundó Babilonia⁴⁴. San Isidoro los trae a colación en su obra⁴⁵. En América fray Juan de Torquemada los convierte en los primeros habitantes de Nueva España, que fueron *unas gentes muy crecidas de cuerpo que llamaron después otros quinametin (que quiere decir gigantes), porque sin duda los hubo en estas*

⁴⁰ GERALDINO, A. *Periplo hasta las regiones situadas al sur del equinocio* L. XV (en prensa). Debe de referirse a lo que se conoce como los *biembienes* u hombres de las montañas de Bahoruco, de aspecto horrible y que carecían de lenguaje. Aunque Geraldini nos habla de su vello, en la tradición actual carecen de él, además de que, sí atacan al hombre, aunque también la tradición mantiene que son unos seres antropófagos y velludos.

⁴¹ CIEZA DE LEÓN, P. *Crónica del Perú*, c. 95.

⁴² SOLÍS, A. de. *Historia de la conquista de México*, L. III, c. XIV.

⁴³ NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A. *Nafragios y comentarios*, c. XXII.

⁴⁴ *La Ciudad de Dios* XVI, 3-4.

⁴⁵ *Etimologías* XI, c. III

provincias cuyos cuerpos han aparecido en muchas partes de la tierra cavando por diversos lugares de ella⁴⁶.

Fray Diego Durán también nos dice: “pues como testigo de vista lo puedo afirmar, pues los conocí en algunos lugares della, de disforme estutura⁴⁷”. Pigafeta también nos manifiesta su existencia en el extremo sur del Continente y nos cuenta que cuando bailaban hundían un palmo los pies en la tierra⁴⁸. Es más, el que a aquella tierra se le llamara Patagonia, se ha especulado que podía estar en relación con el personaje antropozoomorfo, llamado Patagón, que nos aparece en la novela caballescica de Palmerín, editada en 1511.

Hablar de monstruos nos induce a hablar de los demonios. En un mundo cristiano de tradición medieval no podían faltar estos seres. De hecho la idolatría y otros aspectos de la vida de los indios americanos se explicó desde la demonología, por ello no era raro que se pensase en gentes poseídas, como lo hace Muñoz Camargo de los habitantes de Tlaxcala, cuando dice: “...el demonio, enemigo del género humano, se vive tan apoderado de estas gentes, siempre las traía engañadas...⁴⁹”. Como incitador del mal y ente necesario en la mentalidad del cristiano fue la figura que más se resistió a desaparecer. Todavía en el siglo XVIII fray Juan de Santa Gertrudis habla de los demonios en forma de pato que guardan los tesoros del la laguna de Guanacas, donde las gentes echan piedritas a modo de tributo para evitar que esta brame, bramidos que prácticamente habían oído todos los arrieros⁵⁰. La temática demoníaca tendría algunas de sus mejores representaciones en la cuarta parte de la obra de fray Diego Valadés, *Rhetorica Christiana*, que es casi un tratado de demonología dirigido a servir como ejemplo y cuyo texto bebe en fuentes como la de Pedro Lombardo e, incluso, en algunos aspectos, en la ya citada novela de caballería de Fernando Basurto, *Don Florindo*⁵¹. Gaspar de Villagrà, en Nuevo México, nos los reflejará en su versos:

⁴⁶ TORQUEMADA, J. de. *Monarquía Indiana* c. XIII.

⁴⁷ DURÁN, D. *Historia de la Nueva España e Islas de Tierra Firme*, c. I.

⁴⁸ PIGAFETTA, A. (1985). *Primer viaje alrededor del mundo*. Madrid: Historia 16, p. 66.

⁴⁹ MUÑOZ CAMARGO, D. *Historia de Tlaxcala* L. II, c. I.

⁵⁰ SANTA GERTRUDIS, J. de. *Maravillas de la Naturaleza*, L. I, c. 5.

⁵¹ (1530). *Libro agora nuevamente hallado del noble y esforzado caballero Florindo hijo del buen Duque Floriseo de la extraña ventura, que con grandes trabajos ganó el castillo encantado de las siete venturas, en el cual se contienen diferenciados ripetos de carteles y desafíos, juicios de batallas, experiencias de guerras, fuerzas de amores, dichos de Reyes, así en prosa como en metro, y escaramuzas de juego y otras cosas de mucha utilidad para el bien de los lectores y placer de los oyentes*, Zaragoza: Pedro Hardouin.

*Delante se les puso aquel maldito,
En figura de vieja rebozado
Cuya espantosa y gran desenvoltura,
Daba pavor y miedo imaginarla.
Trujo el caballo cano, mal compuesto,
Y cual horrenda y fiera anatomía,
El rostro descarnado macilento,
De fiera y espantosa catadura,
Desmesurados pechos, largas tetas,
Hambrientas, secas, flacas y fruncidas,
Nervudos pechos anchos y espaciosos,
Con terribles espaldas bien trabadas,
Sumidos ojos de color de fuego,
Disforme boca desde oreja a oreja,
Por cuyos labios secos, desmedidos,
Cuatro solos colmillos hacia fuera,
De un largo palmo, curvos se mostraban,
Los brazos temerarios, pies y piernas,
Por cuyas espantosas coyunturas
Una osamenta gruesa rechinaba,
De poderosos nervios bien asida⁵².*

En todo aquel mundo nuevo no podía faltar la figura de la mujer. Como dijimos nos faltan las damas de los libros de caballería y los matrimonios de conveniencias de muchos hombres de la conquista quitan toda fantasía a los hechos. Recordemos, por ejemplo, como Cortés no se casó con Marina sino con la hija del conde de Aguilar, Juana de Zúñiga, y por conveniencia casaría a su hija María con el conde de Luna. Existen menciones en las crónicas a algunas de esas mujeres, pero están lejos de ser las representantes de los romances y de los libros de caballería. Sabemos de grandes amores con indias, pero la diferencia racial y la supuesta superioridad europea no los podían convertir en el fin de una ficción. Sin embargo, es sabido el interés que los españoles tuvieron en las indias, con una sexualidad mucho menos reprimida. Aún así, también nos encontramos con algunas europeas que dieron lugar a relatos legendarios, como la Lucía de Miranda, a la que hace alusión Ruy Díaz de Guzmán, defensora de su honestidad de mujer casada frente a los intentos amorosos del cacique Mangoré y de su hermano Siripo⁵³.

Relacionado con las mujeres, los conquistadores no dudaron en traicionar los mandatos de su religión, recurriendo a prácticas que estaban más próximas a las

⁵² *Historia de la Nueva México*, c. II, 6-30.

⁵³ DÍAZ DE GUZMÁN, R. *La Argentina* c. VII

tradiciones musulmanas, que ellos tanto denostaban, y fueron muchos los que practicaron la poligamia, a pesar de los intentos de la Corona y de la Iglesia por evitar esta práctica. González Paniagua nos llega a decir de Paraguay “*Mahoma y su Alcoram no permitían más de siete mujeres y acá tienen algunos a setenta; si no es algún pobre, no hay quien baje de cinco o seis; la mayor parte de quince y veinte, de treinta y cuarenta*”⁵⁴. Es más, en algún lugar, como El mencionado Paraguay, la posesión de mujeres sustituyó la falta de metales preciosos⁵⁵. Fueron muchos los frailes que denunciaron que aquello parecía el paraíso de Mahoma, al igual que lo hizo el cronista Martín del Barco, en su *Argentina* :

*Cuatro leguas arriba está situada
La gran ciudad, antigua y populosa,
Que es dicha la Asunción, que fue poblada
Por Salazar en era muy famosa.
En aquesta ciudad tan regalada,
Que mi pluma escribirlo aquí no osa;
Algunos por baldón, con mal aviso
La llaman de Mahoma Paraíso*⁵⁶.

Con las mujeres también tenían que ver sirenas y Amazonas, mitos clásicos potenciados en la Edad Media. Su existencia había ido deambulando por el Viejo Mundo primero y luego por la impenetrable África. En América sería el mismo Colón quien llevase el mito al hablar de la existencia de mujeres sin hombres en la isla de Matinino, donde se mezclaban con los caribes⁵⁷; noticia que retomaría Pedro Mártir de Anglería⁵⁸. A partir de ahí, aquellas mujeres míticas fueron desplazándose por todo el continente. Grijalva creía haberlas visto en Yucatán, en 1518, como relata Juan Díaz en su crónica⁵⁹. Cortés, que no era precisamente un amante del exotismo, recibió noticias de ellas en la costa occidental de México, aunque manifestaría que iba a tratar de averiguar tal cosa⁶⁰. A Diego de Almagro le

⁵⁴ “Memorial de 3 de marzo de 1545”, *Revista de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires* 1, p. 470.

⁵⁵ IGLESIA, C. (1992). “la mujer cautiva; cuerpo, mito y frontera”. DUBY, G. y PERROT, M. *Historia de las Mujeres en Occidente. Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Madrid: Santillana, p. 561.

⁵⁶ BARCO, M. del. *La Argentina*, canto 2.

⁵⁷ COLÓN, C. *Diario del primer viaje*. 15 y 16 de enero de 1493. COLÓN, C. (1982). *Textos y documentos completos*. Madrid: Alianza, p. 145.

⁵⁸ *Década I, c. II*.

⁵⁹ GARCÍA ICAZBALCETA, J. (1858). *Documentos para la Historia de México* I, México, p. 288

⁶⁰ CORTÉS, H. *Cartas de Relación*, 4ª carta.

llegaron noticias de ellas y de su reina Guanomilla⁶¹. Aunque sin duda, las descripciones más llamativas las hizo fray Gaspar de Carvajal en su expedición con Francisco de Orellana, donde nos informa que viven en casas de piedra, que existen caminos y que utilizan hombres para preñarse y luego los sueltan, siendo su reina Coñori⁶². Jerónimo de Ortal, que sigue los pasos de Ordás, en 1531, mencionó también a estas mujeres. Pero no todos aceptaban aquellas fantasías, ni siquiera, como hemos mencionado, el propio Cortes; por eso autores más incardinados en la corriente más realista del humanismo no dudaron en criticarla. Fernández de Oviedo, al hablar de este mito, lo racionaliza y manifiesta que se refiere a que en muchos lugares las mujeres eran quienes detentaban el poder⁶³. Gómara mostrará su racionalismo y negará la existencia de las Amazonas, diciendo que las mujeres luchadoras son comunes en América; es más, nos aclara que “*ni creo que ninguna mujer se queme y corte la teta derecha para tirar el arco, pues con ello lo tiran muy bien, ni creo que maten o destierren sus propios hijos, ni que vivan sin maridos siendo lijuriosísimas*”⁶⁴.

Las sirenas, durante la Edad Media, habían sido una buena representación de la lujuria y en España habían sido mencionadas, entre otros, por Martín de Braga y san Isidoro, que nos habla de tres con cuerpo de mujer y de pájaro, que con su música provocaban el naufragio de los navegantes⁶⁵. En las Indias creyó verlas ya Colón, aunque dice que no son tan bellas como las pintan y tienen cara de hombre⁶⁶. Huaman Poma de Ayala las coloca en su mapa Mundi⁶⁷. Bartolomé Cobo las menciona como *pejemulier*. En la Argentina se habla de las existentes en la laguna Itapua⁶⁸:

BIBLIA, MESIANISMO Y PRESENCIA DE SANTIAGO

Una vez cruzado el Atlántico y vista o recreada la geografía maravillosa, o al menos vista así por los europeos, se añadía un nuevo fenómeno de comprensión: el hombre americano ¿Es la nueva raza que canta Virgilio?⁶⁹. El europeo rápidamente

⁶¹ LÓPEZ DE GÓMARA, F. *Historia general de las Indias...* p. 242.

⁶² CARVAJAL, G. de y otros (1986). *La aventura del Amazonas*, Madrid: Historia 16, pp. 85-87.

⁶³ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. *Historia natural y general de las Indias* L. V, c. X, t. II.

⁶⁴ LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1858) *Historia general de las Indias*. Madrid: M. Rivadeneyra, p. 210.

⁶⁵ BRAGA, M. de. *De Correctione Rusticorum* y SAN ISIDORO, *Etimologías* XI, 3, 30.

⁶⁶ COLÓN, C. *Diario del primer viaje*. 9 de enero de 1493.

⁶⁷ *Nueva Crínca y buen gobierno*, f. 983.

⁶⁸ *La Argentina* c. 3.

⁶⁹ *Vir., Eg.* IV.

generó toda una asimilación de conceptos y de ideas en este sentido, en las que obviamente las tradiciones clásicas, tamizadas por la Edad Media y, sobre todo, por la tradición bíblica, jugarían un importante papel. Había que encontrar un origen a aquellos seres, que para algunos formaban parte del mito de la edad de oro, al que hace mención Horacio⁷⁰, que se reflejaba en América, de ahí su desnudez; aunque esta característica de la desnudez también podría servir para lo contrario, pues el ir vestido era una característica humana. Lo cierto es que el hombre europeo, con su herencia clásica y medieval intentó explicar la existencia del *otro* desde una posición etnocentrista, que a la larga dificultó su comprensión. Aunque no faltó quien relacionó el poblamiento de América con la Atlántida, de acuerdo a lo manifestado por Platón⁷¹.

No tardó en surgir la pregunta ¿Cómo podía América haberse quedado al margen de lo referido en el gran libro de cristianos y judíos?. No olvidemos que hubo quien vio en aquellas tierras la proximidad o la ubicación del Paraíso Terrenal, que a lo largo de toda la Edad Media se situó en un lugar lejano del Oriente, aunque no faltaron otras ubicaciones como el sur de África. Alguna vez se había llegado a describir, como lo hizo san Isidoro en el libro XIV de las *Etimologías* e, incluso, se habló del viaje de Alejandro Magno hasta sus puertas, lo que quedaría reflejado en una supuesta obra de él, el *Iter Alexandri Magni ad Paradisum*. Igualmente Colón creyó haber llegado cerca cuando estuvo en la desembocadura del Orinoco. Todavía León Pinelo, en pleno siglo XVII, llama al Nuevo Mundo *Continens Paradisi*, que se podría interpretar como la promesa de una nueva vida⁷².

Justificar que el hombre americano también formaba parte del proceso de Salvación se convertiría en todo un reto. Las respuestas hubo que forzarlas desde épocas muy tempranas, vinculando a los pueblos indios a los sucesos del Antiguo Testamento o los fenómenos cristianizadores de los primeros tiempos. El Diluvio y el arca de Noé aparecen en varias crónicas, como la de Pascual de Andagoya al referirse a Panamá: “*Se halló que tenían noticia del Diluvio de Noé y que se escapó en una canoa con su mujer e hijos, y que después se había multiplicado el mundo de éstos*”⁷³. Motolinía nos relata que Dios había herido aquella tierra con

⁷⁰ Hor., *Ep.* 16.

⁷¹ ZÁRATE, A. de. (1968). *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Biblioteca Peruana, pp. 110-111.

⁷² ABELLÁN, J.L. (1979). *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid: Espasa Calpe, p. 380.

⁷³ ANDAGOYA, P. de (1986). *Relación y documentos*, Madrid: Historia 16, p. 91.

diez plagas⁷⁴. Igualmente se habló de la predicación de San Bartolomé, recogida entre otros por Huaman Poma de Ayala⁷⁵; o la de Santo Tomás, que dejó impresas sus marcas en la provincia de Chillaos, donde había estado predicando⁷⁶.

No solo el Paraíso sino otros muchos lugares bíblicos, cuya búsqueda real o mental se había hecho a lo largo del medioevo encontraron su refugio en América. No olvidemos que, si algo atrajo la atención de los europeos en las Indias fue la riqueza en metales preciosos, de los que tan necesitada estaba Europa en la Baja Edad Media. La abundancia de aquellos metales no tardó en hacer pensar en los lugares de donde Salomón los obtenía. De tal forma, que desde un principio, los nombres bíblicos de Ophir y Tharsis aparecen en el horizonte americano, ya que el mismo Colón creyó en un principio haber llegado a aquellas tierras, aunque la pobreza de oro de las Antillas le hizo pensar después en Veragua. Y esos lugares, pues, se fueron moviendo. Álvaro de Mendaña los buscó en las islas del Pacífico, donde descubrió las islas de Salomón, sobre las que luego nos hace un interesante relato Sarmiento de Gamboa⁷⁷. Pero las cosas no murieron en los primeros tiempos de las Indias, sino que todavía pululaban y obtenían crédito a finales del siglo XVI de la mano del gran humanista Benito Arias Montano⁷⁸.

El mesianismo de raigambre medieval tampoco estuvo ausente de las Indias. Ha sido muy estudiada la influencia del cisterciense Joaquín de Fiore entre los primeros franciscanos que pasaron a la Nueva España y que creen en la conversión de la humanidad y la segunda llegada del Mesías⁷⁹.

Santiago, tan presente en la Reconquista española, se convirtió en un símbolo en la conquista de América y se convertiría en el legitimador de los

⁷⁴ BENAVENTE, T. de (1985). *Historia de los Indios de la Nueva España*, Madrid: Historia 16, pp. 67-73.

⁷⁵ HUAMAN POMA DE AYALA, F. *Nueva Crónica y buen gobierno*, ff. 88-95.

⁷⁶ VÁZQUEZ DE ESPINOSA, A. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, c.I.195.

⁷⁷ SARMIENTO DE GAMBOA, P. *Historia Indica*, p. 251

⁷⁸ Vid. PANIAGUA PÉREZ, J. (2006): "La visión del hombre americano en Benito Arias Montano y Pedro de Valencia". MARTÍN RODRÍGUEZ, A.M. y SANTANA HENRÍQUEZ, G. *El Humanismo español, su proyección en América y Canarias en la época del Humanismo*. Las Palmas: Universidad de las Palmas, pp. 151-159.

⁷⁹ Sobre la influencia de Joaquín de Fiore pueden verse obras clásicas, todas ellas con abundante bibliografía, como las de: PHELAN, J.L. (1972). *El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo*. México: UNAM, 1972; MILHOU, A. (1983): *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1983; SARANYANA, J.I. y ZABALLA, A. de (1995), *Joaquín de Fiore y América*. Pamplona: Eunat.

conquistadores⁸⁰. No debemos olvidar que los grandes acontecimientos españoles medievales de carácter bélico estuvieron marcados por el apóstol, desde que éste hizo su aparición en la batalla de Clavijo, en el 844. Desde entonces había pasado a ser un santo de frontera. Y cuando la frontera se traspasó a América, allí apareció con su caballo blanco como Santiago mataindios, el capitán de la cruz bermeja⁸¹.

La primera mención de su actividad en América se produjo en la batalla de Cintla y lo citan tanto Gómara como Bernal Díaz del Castillo. También hace referencia a lo mismo Antonio de Solís, que coincide con Bernal en no aceptar aquella presencia, diciendo: “Exceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza, o fuera de la opinión: a que confesamos poca inclinación, y que en cualquier acontecimiento extraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia a las causas naturales; pero es cierto que los que leyeren la Historia de las Indias hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que para hacerse creíbles fue necesario tenerlos por milagrosos⁸². Mota Padilla también recoge la tradición de fray Antonio Tello, de la aparición de Santiago en la batalla de Tetlan: “Confesaron después los españoles... y muchos testificaban que habían visto a Santiago; y de los indios muchos dijeron haber visto a un hombre en un caballo blanco, en el aire, que les hacía poner en fuga⁸³”. En Perú Huaman Poma nos lo representa frente a Manco Inca, al que ha vencido⁸⁴.

En Chile Mariño de Lobera dice que los españoles invocaban a Santiago en cualquier lugar de lucha, entre ellas aquella en la que participó la famosa Inés Suárez⁸⁵.

Es decir, el gran santo de la tradición medieval española había encontrado el caldo de cultivo necesario para el desarrollo de su existencia en el Nuevo Mundo, donde los indios, contra los que en principio fue un luchador, acabaron por integrarlo a su panteón sincrético.

⁸⁰ La actividad de Santiago en América pueden verse VALLE, R.H. (1989). *Mitología de Santiago en América*. Tegucigalpa: Editorial Universitaria.

⁸¹ QUEVEDO Y VILLEGAS, F. (1979). “Memorial por el patronato de Santiago”, *Obras Completas en prosa*. Madrid: Aguilar, p. 866.

⁸² A. DE SOLÍS, *Historia de la conquista de México*, L. I, c. XIX.

⁸³ MOTA PADILLA, M. de la. *Historia de la Provincia de la Nueva-Galicia*, c. VI-3

⁸⁴ OLIVA, G.A. *Historia del Reino y provincias del Perú*, c. 3-5.

⁸⁵ MARIÑO DE LOBERA, P. (1970). *Crónica del Reino de Chile*, Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 28-36.